

postillón y cocheros sin cabeza, ó de los espíritus infelices que, obligados á vivir á campo raso expuestos al cierzo penetrante, imploran el abrigo de un seto ó de un vallezuelo. Sueñan horriblemente con la muerte: «¡Morir é ir no sabemos dónde! ¡Yacer en la fosa fría y podrirse! ¡Esta vida cálida y palpitante trocada en tierra pastosa y pegajosa! ¡Y el espíritu dichoso sumergiéndose en corrientes ígneas ó habitando en páramos circuidos por un triple recinto de hielo, ó girando sin reposo en torno del mundo suspendido, á merced de ciegos vientos, ó en trance peor aún, peor que cuanto puede imaginar el pensamiento sin ley ni límite! ¡Es demasiado horrible! (1).» Los más grandes hablan de melancólica resignación de la obscuridad infinita que envuelve nuestra pobre vida vacilante, de esta vida que no es más que una «fiebre ansiosa»; de esta triste condición humana que no es más que pasión, desvarío y dolor de este ser humano, que no es quizá tampoco sino un vano fantasma, un doloroso ensueño de paciente. A sus ojos rodamos por una fatal pendiente, donde chocamos unos con otros á merced del azar, y el destino interior que nos impulsa no nos aniquila sino después de habernos cegado. Más allá de todo se encuentra «la tumba fría, donde ya no se oye nada: ni el alegre paso del amigo, ni la voz del amante, ni el consejo cariñoso del padre; donde no hay ya nada, donde todo es olvido, polvo, obscuridad eterna». ¡Y todavía si no hubiese nada! «¡Morir, dormir! Sí, y soñar quizá.» ¡Soñar lúgubrementemente, abismarse en una pesadilla semejante á la de la vida, semejante á aquella en que hoy nos revolvemos anhe-

(1) Shakspeare, *Measure for Measure*, III, 2, *Tempest*, *Hamlet*, *Macbeth*.—Beaumont and Fletcher, *Thierry and Theodoret*, acto IV.

lantes, gritando con voz ronca! He ahí su idea del hombre y de la vida: idea nacional que llena el teatro de calamidades y desesperaciones, que pone ante los ojos los suplicios y las matanzas, que prodiga la locura y el crimen, que presenta por doquiera la muerte como desenlace. Una bruma amenazadora y sombría cubre su espíritu como su cielo; y la alegría, como el sol, no luce aquí más que violentamente y á ratos. Son otra gente que las razas latinas, y en el renacimiento común renacen de otro modo que las razas latinas. El libre y pleno desarrollo de la Naturaleza pura, que en Grecia y en Italia conduce á la pintura de la belleza y de la fuerza dichosa, conduce aquí á la pintura de la energía feroz, de la agonía y de la muerte.

## IV

Así nació este teatro, teatro único en la historia, como el momento admirable y pasajero de donde surgió, obra y retrato de esa joven sociedad, tan natural, desenfrenado y trágico como ella. Cuando brota un drama original y nacional, los poetas que le erigen llevan en sí mismos los sentimientos que representa: manifiestan mejor que los otros hombres el espíritu público, porque el espíritu público es más poderoso en ellos que en los otros hombres. Las pasiones ambientes claman en su corazón con acentos más justos y penetrantes; y por eso su voz es la voz de todos. La España caballeresca y católica encuentra sus intérpretes en visionarios y Quijotes: en Calderón, soldado primero, y sacerdote después; en Lope, enamorado exaltado, due-

lista vagabundo, soldado de la Armada, y al término sacerdote y familiar del Santo Oficio, tan ferviente, que se extenua á fuerza de ayunos, se desmaya de emoción diciendo misa y ensangrienta con sus flagelaciones las paredes de su aposento. La serena y noble Grecia tiene por jefe de sus poetas trágicos á uno de sus más afortunados hijos, Sófocles, el primero en el canto y en la palestra, el que á los quince años cantaba desnudo el peán ante el trofeo de Salamina, y que después, embajador, general, siempre amado de los dioses y apasionado de su ciudad, ofreció en su vida como en sus obras el espectáculo de la armonía incomparable que constituyó la belleza del mundo antiguo, y que no alcanzará ya el mundo moderno. La Francia, elocuente y mundana en el siglo que ha llevado más lejos el arte de las conveniencias y del discurso, encuentra para escribir sus tragedias oratorias, y pintar sus pasiones de salón, al más hábil artífice de palabras, Racine, un cortesano, un hombre de mundo, el más capaz, por la delicadeza de su tacto y los miramientos de su estilo, de hacer hablar á hombres de mundo y á cortesanos. Del propio modo, aquí los poetas corresponden á la obra. Casi todos son bohemios, nacidos en el pueblo (1), instruidos, sin embargo, y las más de las veces alumnos de Oxford ó de Cambridge, pero pobres; de suerte que su educación contrasta con su condición: Ben Jonson es hijastro de un albañil, y albañil á su vez; Marlowe es hijo de un zapatero; Shakspeare, de un mercader; Massinger, de un criado de casa grande. Viven como pueden; contraen deudas; escriben para ganarse el pan; salen á las tablas. Peele, Marlowe, Jonson, Shakspeare y Heywood son actores;

(1) Excepto Beaumont y Fletcher.

la mayor parte de las noticias que hay acerca de ellos proceden del diario de Henslowe, antiguo prestamista, más tarde empresario, que los hace trabajar, les facilita anticipos y recibe en prenda sus originales ó su ropa. Por una obra teatral da siete ú ocho libras esterlinas; desde el año 1600 los precios suben y llegan hasta veinte ó veinticinco libras. Como se ve, aun después de esta alza, el oficio de autor apenas da para pan; para ganar algún dinero, hay que hacerse empresario, como Shakspeare, hay que tratar de tener alguna parte en la propiedad del teatro; pero el caso es raro, y la vida que llevan, vida imprevisora de cómicos y artistas, vida de excesos y de relajación, entre mujeres de malas costumbres, en contacto con jóvenes calaveras, entre las provocaciones de la miseria, de la imaginación y del libertinaje, los conduce por lo común al agotamiento, á la indigencia y á la muerte. Se disfruta con su talento, y se los abandona ó se les desprecia; hay quien por una alusión política da consigo en la cárcel y está á pique de perder las orejas; los grandes y los gobernantes los tratan como criados. Heywood, que representa casi todos los días, se impone además, durante varios años, la obligación de escribir una ración diaria, compone á la buena de Dios en los figones, suda y se afana como un verdadero ganapán literario (1), y muere dejando doscientas veinte obras, que se perderán en su mayoría. Kyd, uno de los primeros, muere en la miseria. Shirley, uno de los últimos, al fin de su carrera tiene que volver á hacerse maestro. Massinger muere desconocido. Pocos meses después de la muerte de Middleton, su viuda se ve obligada á pedir un socorro á la *City*, porque él no

(1) *A literary hack*, como hoy se dice.

ha dejado nada. «La imaginación oprime (1) en esos hombres á la razón: es la enfermedad común de los poetas.» Quieren gozar, y se abandonan; su temperamento y su corazón los dominan; en su vida como en sus obras, los impulsos son irresistibles; el deseo llega de golpe como una inundación que ahoga los razonamientos y la resistencia, y que á menudo ni aun deja aparecer los razonamientos ni la resistencia. Muchos son disipados, disipados tristosños (2), especies de Musset y de Murger, que se abandonan y se aturden, capaces de los ensueños más poéticos y más puros, de las ternuras más delicadas y más conmovedoras, y que no saben, sin embargo, más que minar su salud y malear su gloria. Tales son Nash, Decker y Greene: Nash, que «abusó de su talento y conspiró como pródigo contra las horas bonancibles (3)»; Decker, que pasó tres años en la prisión del Banco del Rey; Greene especialmente, espíritu rico y encantador, que se perdió confesando sus vicios (4), con lágrimas, públicamente, y volviendo á enfangarse en ellos un instante después. Son hombres que parecen cortesanas en costumbres, cuerpo y corazón. Al salir de Cambridge, «con buenos compinches tan libertinos como él», Greene había recorrido España é Italia, donde «vió y

(1) Drummond, á propósito de Ben Jonson.

(2) Véase, por ejemplo. *A woman killed with kindness*, de Heywood. *Mistress Frankford*, de corazón tan honrado, acepta á Wendoll á la primera proposición. Sir Francisco Acton, á la vista de la que quiere deshonorar y á quien odia, «se extasía» y no desea más que casarse con ella.—Véase el transporte súbito de Julieta, de Romeo, de Macbeth, de Miranda, etc., y las recomendaciones de Próspero á Fernando, cuando le deja un instante á solas con Miranda.

(3) Palabras de Nash.

(4) Véase asimismo la *Vida de Bohemia* y las *Noches de invierno* de Murger, la *Confesión de un hijo del siglo* de Musset,

practicó, dice, infamias de todos géneros, que es vergonzoso confesar». Se ve que el pobre hombre es franco y no se trata con gran indulgencia; es natural, arrebatado en el arrepentimiento como en todo, desigual si los hubo, hecho para desmentirse, no para corregirse. Al volver, se dedicó en Londres á visitar tabernas y lugares de mala fama. «Yo reventaba de orgullo (dice). Andar tras las mozas era mi ejercicio diario, y la glotonería y las borracheras mi único placer...; me gustaba jurar y blasfemar... Esas vanidades y otras obrillas fútiles, en que escribía sobre el amor y sobre las vanas quimeras de mi fantasía eran mi medio de subsistencia, y mis huera bachillerías me atraían toda clase de entes frívolos, que eran mis compañeros inseparables, que venían á todas horas á mi vivienda, y allí pasaban el tiempo beborroteando y atracándose conmigo todo el día...» «Si puedo disfrutar mientras vivo, añadía, eso me basta; después de la muerte, ya saldré del paso como pueda... ¡El infierno! ¿Qué me habláis á mí del infierno? Sé que, si voy allá, tendré la compañía de gente mejor que yo, y encontraré también algunos troneras divertidos, y con tal que no me metan solo, lo demás me tiene sin cuidado... Si no temiese á los jueces del Banco del Rey más que á Dios, antes de acostarme iría á dar un tiento á la bolsa de cualquiera.» Poco después siente remordimientos, se casa, y pinta en versos deliciosos la regularidad y la tranquilidad de la vida honrada; luego vuelve á Londres y se come su fortuna y el dote de su mujer con una hembra de baja extracción, entre rufianes, cacos y ramerías, bebiendo, blasfemando, trasnochando en medio de orgías, escribiendo para ganar pan, encontrando á veces entre la gritería y la hediondez de una zahurda pensamientos de adoración

y de amor dignos de Rolla; pero con más frecuencia, disgustado de sí mismo, acometido de accesos de lágrimas, y componiendo trataditos para acusarse, recordar con pena á su mujer, convertir á sus compinches ó prevenir á los jóvenes contra las aflagazas de prostitutas y petardistas. Con semejante régimen, pronto se gasta un hombre: no necesitó más que seis años para extenuarse. Una indigestión de vino del Rhin y arenques salados acabó con él. Sin su patrona, que le recogió, «habría muerto en el arroyo». Duró un poco aún; á veces la pedía llorando un dedito de malvasía; estaba plagado de piojos, no tenía más que una camisa, y, cuando la daba á lavar, se veía obligado á pedir prestada á la patrona la del marido. Su ropa y su espada se vendieron en tres chelines, y la pobre gente pagó los gastos del entierro: cuatro chelines por el sudario y seis chelines cuatro peniques por la conducción del cadáver. En esos muladares, en medio de esas ignominias y excesos, brotó el genio dramático, entre otros el de uno de los más potentes, el del verdadero fundador, Cristóbal Marlowe.

Este era un espíritu desarreglado, desenfrenado, de una vehemencia y audacia desaforadas, pero grandioso y sombrío, con el *verdadero furor poético*; amén de esto, pagano y rebelde en costumbres y doctrinas. En medio de ese retorno universal á los sentidos y de esa expansión de las fuerzas naturales que constituye el renacimiento, los instintos corporales y las ideas que los consagran se desbordan impetuosamente. Marlowe, como Greene, como Kett (1), es un incrédulo: niega á Dios y á Cristo; blasfema de la Trinidad (2); sostiene

(1) Quemado en 1589.

(2) *Marlowe, s Works*, edic. Dyce, apéndice II.

que Moisés era un impostor, que el Cristo era más digno de muerte que Barrabás, que, «si él, Marlowe, se pusiese á escribir una nueva religión, la haría mejor»; y dondequiera que va «predica su ateísmo». He ahí las cóleras, las temeridades y los excesos á que lleva la libertad de pensar á esos espíritus novicios, que por primera vez, después de tantos siglos, se atreven á andar sin andadores. Desde la zapatería de su padre, atestada de chicos, de en medio de los tirapiés y de las leznas, se ha visto transportado á la Universidad de Cambridge, gracias quizá al patrocinio de un gran señor; y al volver á Londres y caer en la indigencia y en la licencia de bastidores, tabernas y burdeles, se le ha trastornado el seso y se han enardecido sus pasiones. Se hace actor, pero habiéndose roto una pierna «en una calaverada», queda cojo, y no puede volver á salir á escena. Pregona á todos los vientos su incredulidad, y se entabla un proceso que, á no faltar el tiempo, quizá le hubiese llevado á la hoguera. Hace el amor á una mujerzuela, y queriendo acuchillar á su rival, se vuelve contra él su propia arma, atravesándole el ojo y el cerebro, y muere maldiciendo y blasfemando siempre. No tenía más que treinta años; júzguese de la poesía que puede salir de una vida tan arrebatada y borrascosa: por el pronto, la declamación exagerada, las muertes á montones, las atrocidades, la pompa y la furia de la tragedia sangrienta y de las pasiones exaltadas hasta el delirio. Todos los comienzos del teatro inglés, *Ferrex y Porrex*, *Cambises*, *Jerónimo*, el mismo *Pericles*, de Shakspeare, llegan á ese colmo de extravagancia, de énfasis y de horror (1). Es la primera explosión de la juventud; re-

(1) Véase sobre todo el *Tito Andrónico* atribuido á Shakspeare.

cuérdese los bandidos de Schiller, y cómo nuestra democracia moderna reconoció por primera vez su imagen en las metáforas y los gritos de Carlos Moor. Aquí, de igual manera, los personajes se desatan y rugen, golpean el suelo con el pie, rechinan los dientes y enseñan los puños al cielo. Suenan las trompetas y los tambores, desfilan las armaduras, chocan las armas, los hombres se acuchillan unos á otros ó se dan de puñaladas á sí mismos, las palabras retumban con amenazas titánicas y figuras líricas (1); los reyes expiran ahuecando su voz de bajo; «la muerte fosca, con sus garras rapaces, les estruja el ensangrentado corazón, y se ceba en su vida como una harpía». El héroe, el gran Tamerlán, sentado en un carro que arrastran reyes encadenados, manda incendiar las ciudades, ahogar á las mujeres y á los niños, pasar los hombres á cuchillo; y al fin, aquejado de un mal invisible se enfurece en parlamentos gigantescos contra los dioses que le hieren y á quienes él querría destronar. He aquí ya la pintura del insensato orgullo, del arrebató ciego y mortífero que, paseándose por entre devastaciones, llega á armarse contra el mismo cielo. La exuberancia de la savia selvática y desenfrenada trae ese vigoroso verso tonante, esa prodigalidad de carnicerías, esa ostentación de esplendores y de colores recargados, ese desencadenamiento de pasiones demoníacas, esa audacia de la impiedad grandiosa. Si en los dramas que siguen, en la *San Bartolomé*, en el *Judío de Malta*, disminuye la hinchazón, queda la violencia: Barrabás, el judío, embrutecido

re, donde hay parricidios, madres á quienes se hace comer á sus hijos, y una joven violada que aparece en escena con la lengua y las dos manos cortadas.

(1) *Tamburlain*, parte II, acto I, esc. III.

por el odio, deja de pertenecer á la humanidad; ha sido tratado por los cristianos como una bestia, y los odia á la manera de una bestia.

Ha purgado su corazón «de la compasión y del amor; ríe cuando los cristianos lloran, anda rondando de noche para envenenar los pozos ó acabar á los enfermos que gimen al pie de los muros; ha estudiado la medicina y se sirve de ella para dar ocupación á los sepultureros». Ha tenido el placer «de llenar las cárceles de quebrados, de atestar los hospicios de huérfanos en un año, y de volver loco á alguien ó impulsar á un hombre al suicidio á cada luna». Alardea de todas esas crueldades como un demonio que se regocija de ser un buen verdugo y de llevar á los pacientes al último extremo de la angustia. Su hija tiene dos pretendientes cristianos, y él, por medio de cartas falsificadas, hace que se maten uno á otro. La muchacha, desesperada, se mete monja, y el padre, para vengarse, envenena á su hija y á todo el convento. Dos frailes quieren denunciarle primero, después convertirle. Estrangula á uno y bromea con su esclavo Ithamore, asesino de profesión, que ama el oficio y se restriega las manos de gusto.—«Haz un buen nudo, aprieta de firme, bien ahogado... Eso es lo que se llama hacer las cosas; ni la menor señal; pongámosle derecho, arrimado á la pared y apoyado en su báculo. ¡Magnífico! Parece que está pidiendo un pedazo de tocino.—¡Vaya un amo hábil que tengo yo!»—Llega el segundo fraile y le acusan del asesinato: «¡Cómo! ¡un fraile que mata á otro! ¡Dios me asista! Vamos, Ithamore, hay que llevarle ante los jueces. ¡Si casi me dan ganas de llorar por la desgracia que os ocurre! No, no somos nosotros los que os detenemos, sino la ley; nosotros no hacemos más que